

LAS MONTAÑAS DE LA LUNA*

Se cumplen ahora unos cuatro meses desde que los dos periódicos de mayor tirada de la CAV publicaran, con llamada al lector en portada, un artículo sobre las características genéticas de los vascos en el que, recogiendo los resultados de un estudio realizado por investigadores de la UPV sobre población autóctona vascongada, se afirmaba entre otras cosas (1) la no existencia de un arquetipo genético vasco y (2) la ausencia de características genéticas propias en la muestra analizada (*Correo, Diario Vasco*, 11-5-97).

Sin incidir en otras conclusiones vertidas en el mismo escrito, merecedoras -si es que recogen sin distorsión la opinión de los investigadores- de una seria crítica desde el punto de vista metodológico para el equipo de la UPV, creo que las dos mencionadas conllevan notables errores conceptuales.

En primer lugar, el arquetipo, o lo que es lo mismo, la concepción tipológica -esencialista- de las entidades vivas, es un viejo concepto platónico, totalmente obsoleto en la ciencia de nuestros días, por cuanto corresponde a una abstracción que en nada ayuda a la comprensión de las realidades biológicas, caracterizadas esencialmente por presentar unos determinados márgenes de variación (léase a este respecto el libro del paleontólogo norteamericano S. J. Gould titulado "Full House", "La grandeza de la Vida" en versión castellana). La variación es la única realidad existente. Los arquetipos no existen; ni en el caso de los vascos ni en el de ningún otro ente del universo.

La segunda afirmación también supone -permítaseme la expresión- "descubrir la pólvora". A decir de mis colegas antropólogos consultados al respecto, en ningún grupo humano europeo hay genes exclusivos, condición que probablemente también pueda hacerse extensiva para el resto de la humanidad. Las poblaciones no se caracterizan por sus genes peculiares sino por sus *frecuencias génicas* peculiares, aspecto este muy diferente y que, desde luego, sí que parece constituir el caso de la población que hemos convenido en denominar como autóctona de Euskal Herria.

Sospecho, tristemente, que la sombría intención del mencionado artículo periodístico era, una vez más, la de sembrar dudas -esta vez jugando desde el etnocentrismo- sobre la entidad o existencia de nuestro pueblo pero, en realidad, lo único que podría concluirse de aquellas líneas es que los vascos también somos seres humanos, cosa que ya sabíamos de antemano y sin gastar dinero público.

La realidad de nuestro pueblo es incontestable. Desde una perspectiva biológica, los estudios, algunos de ellos ya clásicos, de investigadores de prestigio internacional como Aranzadi, Eguren, Basabe y De la Rúa desde el campo de la Antropología física y de Mourant, Iturriotz, Agirre, Cavalli-Sforza, Bertranpetit y Manzano desde la Antropogenética, entre otros muchos autores, no dejan dudas de la existencia de un grupo humano peculiar -ni mejor ni peor- que, como decía Voltaire, "canta y baila al pie de los Pirineos".

Por otro lado, no deja de resultar chocante que desde el pretendido universalismo francés y español se nos acuse reiteradamente de racismo -cree el ladrón que todos son de su condición- y, sin embargo, cuando les mostramos el mapa convencional de Euskal Herria, comiencen a decirnos que determinadas zonas meridionales u occidentales del país no son vascas, porque la gente no es en su opinión vasca; es decir, no responde a su intencionadamente parcial o constreñida concepción arquetípica de lo vasco. Mientras ellos se vanaglorian del crisol multiétnico y multicultural de sus respectivos estados -visión parcialmente falaz dado el carácter histórico etnocida de los mismos- a nosotros, y por lo visto sólo a nosotros en el mundo, se nos exige un monolitismo genético-cultural para justificar la existencia y las *mugas* de nuestra nación.

La pervivencia actual del Pueblo vasco, especie de isla de sustrato preindoeuropeo en el occidente de Eurasia, es un hecho notable para muchos. Asumiendo inconscientemente la imagen que desde ciertos círculos intelectuales se ofrece de los vascos -un pueblo más bien provinciano cuya irrelevante historia local está indisolublemente ligada a la grandeza de España y Francia- la explicación más al uso de este fenómeno recurre de manera reiterativa, incluso desde algunos de los círculos científicos más cualificados, a un supuesto aislamiento geográfico y/o cultural de los mismos. Esta explicación, coletilla final de muchos trabajos, también nos persigue desde la prensa ("*Euskaldunak, herri isolatua*", *Egunakaria*, 17-3-97) y en mi opinión pretende reducir a nuestro pueblo a una especie de banda de inadaptados o bien a una tribu aislada en no se qué remota isla o selva

ecuatorial inexistente, cuando la realidad geográfica, cultural e histórica de los vascos -a la vista está- es bien diferente.

La relativamente intrincada orografía y la escasez en recursos naturales de las montañas de Vasconia han favorecido en algunas zonas, y más en tiempos recientes, la pervivencia con mayor intensidad de la lengua vasca y de ciertos elementos culturales propios. La zona montañosa de nuestro país -el "Saltus" de los romanos- no ha tenido gran interés para las gentes venidas de fuera, y los naturales se han visto frecuentemente forzados a emigrar hacia tierras más prometedoras. Sin embargo y de una manera más global, no hace falta más que ver donde se ubica la tierra a la que pertenecemos para deducir inmediatamente que esta constituye una encrucijada, una zona de intenso tránsito humano desde la antigüedad -de hecho, junto con el extremo más oriental del Pirineo, el paso más importante entre el resto de Europa e Iberia- y que su relieve en nada es comparable a otras regiones europeas mucho más aisladas y montañosas donde no se dan fenómenos culturales similares.

La idea del aislamiento cultural también se cae por su peso. Los estudios de personalidades como Azkue, Barandiaran, Humboldt, Mitxelena, Urbeltz y otros muchos, desde campos diversos como la musicología, etnografía, lingüística, folklore, etc. ponen de manifiesto el profundo enraizamiento de nuestro pueblo en la cultura popular europea. La historia muestra a los vascos como uno de los pueblos con gente más emprendedora y abierta de Europa, dotados de un agudo y noble sentido del trabajo y del negocio, grandes viajeros, hábiles constructores navales y navegantes de los siete mares.

Por otro lado, desde su aparición en las crónicas históricas, los vascos parecen haber mostrado una notable capacidad de organización política, de la que la colaboración inicial con Cartago y Roma, la posterior formación de la *Bagauda vascónica*, hostil a la política agraria del Bajo Imperio Romano, la organización de una resistencia frente a Carolingios y Visigodos y, sobre todo, la creación en las montañas y valles de la Vasconia clásica del Reino de Pamplona, más tarde llamado de Navarra, y su evolución posterior, son claros ejemplos de ello.

El Reino de Navarra, obra y principal formulación política de los vascos, ha sido un temprano y dilatado ejemplo de modernidad, tolerancia e integración étnica y aperturismo cultural en una Europa dominada en amplias zonas por el feudalismo y la tiranía papal. Su trayectoria fue violentamente sesgada, sobre todo con la conquista -no integración voluntaria como a menudo se dice- castellana hacia el año 1200 de gran parte de los territorios occidentales (actuales Vascongadas) y la pérdida de la independencia del resto de la Navarra peninsular a manos y armas de las tropas de Fernando el Católico en Julio de 1512. No es casualidad que los tiempos de mayor pujanza del Estado de Navarra, en tiempos de Sancho el Mayor, probablemente vengán a coincidir con la mayor extensión en tiempos históricos de la lengua vasca y que la regresión de esta se acelere a partir del siglo XVI, tras la conquista castellana (recomiendo al respecto la lectura del reciente libro de nuestro gran historiador D. José M^a Jimeno Jurio titulado "Navarra, historia del euskera").

Con todo, la mayor parte de los territorios vascos han podido mantener un notable nivel de soberanía hasta tiempos relativamente recientes (siglos XVIII y XIX, principalmente) y, hoy en día, muchos vascos, aunque divididos por fronteras administrativas y mentales, muestran aún un legítimo afán de verdadera autonomía.

Así pues, creo que es importante recalcar que un factor fundamental que permite explicar la pervivencia de nuestro pueblo no es su aislamiento, sino su permanente capacidad de organización política. Salvo los casos, con frecuencia más aparentes que reales, de pueblos aislados en lugares remotos, sólo la soberanía -y más en el contexto geopolítico de Europa occidental- crea y mantiene las culturas.

No se puede ignorar la realidad social e histórica de los pueblos. Algunos estudiosos de nuestra cultura, y en particular ciertos antropogenéticos, deberían conocer mínimamente el país y la trayectoria histórica de los vascos antes de aventurar hipótesis sobre la pervivencia de los mismos. En nuestro caso, como casi siempre, el posible aislamiento genético no implica necesariamente aislamiento geográfico y/o cultural sino conciencia de pueblo y soberanía política. Una cosa es estar aislados y otra muy diferente ser independientes.

Pero hemos de mirar al futuro. En mi opinión y más en el actual panorama político internacional, sólo

un nivel de soberanía estatal propio puede asegurar mínimamente la pervivencia de una determinada cultura. Sin estado no hay supervivencia; sólo una más o menos rápida asimilación. Los vascos debemos recuperar nuestra estatalidad arrebatada. Renunciar a ella aludiendo que en la Europa que nos viene los estados van a desaparecer, como se nos repite machaconamente desde ciertos sectores del nacionalismo vasco, cuando la realidad nos muestra claramente como cada vez hay más estados libres formalmente constituidos en su seno, es caminar con paso firme hacia una desaparición segura. Asimismo, referirse a la autodeterminación en términos de simple referendun, en una situación de total injerencia extranjera, como parece plantearse desde círculos más "radicales", es someter a votación condicionada un caso de atropello e injusticia histórica que sólo debería plantearse en términos de restitución, reintegración o devolución. Los daños y los robos no se someten a votaciones; se indemnizan y se devuelven. Sólo después, en condiciones de total soberanía, las votaciones pueden ser democráticas. El estéril debate de la autodeterminación es básicamente un engaño.

Euskal Herria pertenece a la Europa de los Pueblos, pero también, no deberíamos olvidarlo, a través de Navarra, a la Europa de los Estados. Desde una óptica histórico-política Navarra no es -al contrario de lo que se nos repite continuamente desde muchos círculos abertzales- un herrialde más, sino la expresión estatal de los vascos; por tanto, no debe incorporarse a ningún sitio si no es a futuras entidades supraestatales. La "navarridad", término al uso en ciertos sectores políticos forales, debe unirnos a todos, pero asumiéndose con solidaridad y en su verdadera dimensión. Navarra es mucho más que la actual CFN y debe aspirar a recuperar ese lugar entre las naciones libres de Europa que ha ocupado durante mil años. Con todo, llegado el trabajado día, todavía algunos seguirán empeñándose en explicar la supervivencia de los vascos en términos de aislamiento, aunque nuestros astronautas hablen euskara en los cañones de Marte y las montañas de la Luna.

Martín de Ardanaz

**Deia*, 11 de Septiembre de 1997 y *Egin*, 12 de Octubre de 1997.

....